

Paisa, poeta y narrador

Eduardo Peláez

A finales de 1984, dos años después de la concesión del Premio Nobel de Literatura al escritor colombiano-caribeño Gabriel García Márquez, el Presidente Belisario Betancur invitó a Manuel Mejía Vallejo, su paisano del suroeste antioqueño, a representar a Colombia en la reunión de intelectuales latinoamericanos (América Latina, una patria inexistente que es ideal), en México.

Manuel vivía en una montaña de El Retiro, en el oriente de Antioquia, cerca de Medellín, y todos los días hacía hogar, leía, escribía, oía música y tomaba ron con Coca-Cola, en uso y goce de su inmensa soledad. Y los miércoles bajaba a Medellín para dirigir su taller de escritores de la Biblioteca Pública Piloto.

En Medellín ocupaba una porción de una casa vieja de la calle Perú, alquilada, que él llamaba “el apartamento”, colindante y comunicado por una puerta interior con un local comercial del mismo edificio, donde su hermana Roxana tenía su anticuario “El fin del afán” y recibía las llamadas telefónicas de “el maestro”.

En la mañana de un jueves, cuando Manuel apenas despertaba de su noche de amigos después del taller, Roxana gritó detrás de la puerta entreabierta del dormitorio de su hermano: “Manuel, te llaman de la Presidencia de la República”. Manuel llegó dormido al teléfono negro fijado a la pared de la tienda de antigüedades y contestó: “A ver, a la orden”, con su voz en ayunas, y escuchó en el sueño las palabras: “Manuel, te habla Belisario Betancur...”, que interrumpió con

un antioqueñismo que entendió el hombre al otro lado de la línea y lo movió a ternura y risa: “Belisario, ¿sí? No jodás...”, y colgó el teléfono y regresó a su guarida de ventana verde claro, cerrada. Al momento regresó Roxana con el mensaje de que era verdad que lo estaba llamando Belisario, que reía a carcajadas en su sillón presidencial ergonómico. Manuel retornó al teléfono, se disculpó con sus palabras interferidas por la risa y aceptó la invitación, más por vergüenza y agradecimiento a su paisano importante que por interés de representar a su patria en un evento de pura forma, con investidura de Embajador Plenipotenciario.

Después del 9 de abril de 1948, Manuel emigró a Maracaibo, Venezuela. Sintió el peligro que le pisaba los talones por su liberalismo crítico en artículos de prensa y en su voz de tertulias, y por el escozor que produjo la publicación de su primera novela, *La tierra éramos nosotros*, de 1945, que algunos poderosos se negaron a reconocer como suya porque no quisieron creer que fuera posible que la hubiera escrito un muchacho de veintidós años.

En Maracaibo se encontró con el fotógrafo antioqueño Guillermo Angulo, con quien compartió una amistad, que duró hasta la muerte de Guillermo, el techo, las mesas y el cuerpo y una cuota de la alegría de una mujer que los disfrutó y les proporcionó placer en la distancia de la tierra, frente al Lago de Maracaibo.

Cuando llegó Manuel, ya Guillermo se había establecido y trabajaba para un perío-

dico, y lo puso en contacto con el director para que escribiera allí. El director probó a Manuel pidiéndole un artículo sobre política venezolana. Cuando lo leyó, lo contrató inmediatamente y le asignó unos honorarios superiores a los que ya percibía Angulo, quien tomó las cosas con humor: “Nadie sabe para quién trabaja. Qué le vamos a hacer”, dijo, y continuó la risa.

El hogar de los antioqueños se disolvió definitivamente con la partida de Guillermo para México, donde no se encontraron los integrantes, como pensaban, porque Manuel deambuló por Centroamérica tras su sombra y Guillermo fue a dar a Roma y encontró dueña.

Manuel sobrevivió en América Central con tres recursos: el periodismo, aplicado en la escritura de artículos, como corresponsal de *El Espectador* y de otros periódicos de la región; el juego de cartas y dados; y los premios literarios, aproximadamente veinte, que ganó en concursos de varios países centroamericanos, con cuentos que fue escribiendo durante la década de 1950, algunos de los cuales integran el libro *Cuentos de zona tórrida*, publicado en 1967.

Y bebió rones caribeños y amó a las morenas del sol. Pero las historias de sus cuentos eran su tierra y su gente del suroeste antioqueño, siempre a la mano en forma de fantasmas que se aparecían en el teclado de su máquina de escritor, en la extensión de esa inmensa soledad.

Los *Cuentos de zona tórrida* retratan las tierras y algunos tipos de la gente del suroeste de Antioquia, como las vivió el autor en su infancia y su primera juventud, hasta cuando se estableció en Medellín, a mediados de los años 40. Esa fue su primera vida, que

permaneció en él hasta la muerte, en 1998, a los setenta y cinco años. Y de ella tomó el lenguaje, que conservó en su acervo de voces, en el acento y en la sintaxis, y expresó honradamente en la conversación, la prosa y los versos, porque los sinsontes de cada colonia cantan las mismas tonadas.

Por esos tiempos, Juan Rulfo escribía la vida que aprehendió en su Sayula, en el estado de Jalisco, y Gabriel García Márquez la de su Aracataca, entre el mar Caribe y la Sierra Nevada de Santa Marta.

Para clarificarme esta historia, la semana pasada leí cuentos de Juan Rulfo, Manuel Mejía Vallejo y Gabriel García Márquez, en el orden de sus nacimientos (1918, 1923 y 1928). Menciono uno de cada escritor para sentarlos a los tres en el mismo sofá de cuero: “¡Diles que no me maten!”, de Rulfo, publicado en 1953; “La venganza”, de Manuel Mejía Vallejo, escrito en 1960 y publicado en 1967; “El rastro de tu sangre en la nieve”, de Gabriel García Márquez, escrito en 1976 y publicado en 1992.

Estos cuentos son lenguaje ya sublimado de Sayula, Jardín y Aracataca, las tierras madres de sus escritores. Y van sumando años de vida, pero no han envejecido. Conservan el aroma del cuero fino curtido del sofá, porque fueron bien escritos por buenos narradores.

Es una experiencia literaria especial leer lentamente durante una tarde los tres cuentos en su orden cronológico. En ellos se va sintiendo frase a frase la gran literatura: la fantasía hace brillar la realidad.

En la reunión de intelectuales latinoamericanos, en México, en 1984, Gabriel García Márquez invitó una noche a su casa a un

grupo de escritores, entre ellos sus amigos Álvaro Mutis, Juan Rulfo y Manuel Mejía Vallejo. Manuel asistió con su mujer, Dora Luz Echeverría, y con su hija menor, todavía de brazos y sin destetar. Mercedes, la mujer de García Márquez, les prestó a la niña y a la madre su cama matrimonial, que esa noche tuvo humedad.

Con el primer trago, Mutis y Manuel ya reían y deslumbraban con sus prosas verbales, inteligentes, alegres, cultas, graciosas, ilimitadas. Más tarde llegó Rulfo, el hombre tímido, respetuoso y respetado, y García Márquez le dijo: “Maestro, le presento a

este paisa, el poeta Manuel Mejía Vallejo”. Y Rulfo le respondió: “No me lo tienes que contar. Yo lo conozco antes que a ti. Él es el mejor cuentista de América.”

Y Pedro Páramo se sentó en una silla contigua a la de Manuel, y conversaron entre ellos todo el tiempo, aislados de los demás. En un momento, Mercedes Barcha decidió tomarles una foto, y cuando estaba enfocándolos se lanzó entre los dos amigos García Márquez, sonriendo con sus cejas en desorden y su boca ancha, y dijo: “Yo quiero estar con el paisa y el jalisciense para toda la vida y toda la muerte”. Y aquí están:



Manuel Mejía Vallejo, Gabriel García Márquez y Juan Rulfo. México, 1984. Foto de Mercedes Barcha.

Eduardo Peláez Vallejo es escritor. Ha publicado los libros: *Retratos*, *Desarraigo*, *Este caballero a caballo* y *Aves de paso*. Este texto es el prólogo del libro *Cuentos de zona tórrida* de Manuel Mejía Vallejo publicado por el Ministerio de Cultura en 2017.